

PROBLEMÁTICA DE UNA COMUNIDAD EVANGELISTA EN ESPAÑA (REFLEXIONES SOBRE *LIBRO DE LAS MEMORIAS DE LAS COSAS DE J. FERNÁNDEZ SANTOS*)¹

José Diego SANTOS
IES «El Brocense», Cáceres

Jesús Fernández Santos se enfrenta en esta novela con la problemática de una comunidad evangelista en un pueblo apartado del Páramo leonés. La temática resulta llamativa porque después de la Guerra Civil se produjo un claro rechazo a tratar problemas religiosos.

Como «insólita, rara y bella» la define José Domingo.

Insólita por abordar un tema hasta ahora virgen para nuestros novelistas².

Por su parte Sergio Gómez Parra señala que, «Tanto desde la perspectiva del tema como desde la perspectiva de la técnica narrativa, encontramos en esta novela una oxigenación, un vuelo nuevo, que rompe, de alguna manera, la monocordia de sus obras anteriores»³.

El planteamiento crítico de la obra aparece en forma de testimonio, que se manifiesta a través de la presentación de las zonas rurales españolas, de la actitud de la juventud de finales de los años sesenta y de la situación de las Comunidades no Romanistas en España.

Presentación de las zonas rurales

La presentación del pueblo donde se sitúa la novela y las menciones a otras zonas rurales se realiza de forma aséptica y escueta, pero con pinceladas exactas, penetrantes e incluso escalofrantes: «El Páramo liso, infértil, tostado, se extiende desde más allá de las tapias de la capilla hasta más allá de lo que se alcanza a ver del horizonte»⁴. Dentro del pueblo hay dos barrios, uno de ellos es el nuevo, el de los pobres, donde viven los evangelistas, de aspecto

1 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas*, Barcelona, E. Destino, 1971.

2 José Domingo (1971), «Narrativa española. Problemática religiosa e histórica», *Ínsula*, 294, pág. 5.

3 Sergio Gómez Parra (1971), «El libro de las memorias de las cosas», *Reseña*, 45, pág. 277.

4 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas. op. cit.*, pág. 8.

desolado, desmedrado y ocupa los peores terrenos, «Son casas de adobe. No todas tienen enganche de la luz, y sólo unas pocas, caballerías en los corrales o a la puerta. Los tractores y los pocos carros grandes que van quedando, están abajo, en la falda de la loma, en las grandes casonas desportilladas...»⁵. El estilo directo y tajante, sin explicaciones ni críticas no presenta soluciones; el novelista no es ingeniero agrónomo, pero sí observador de la realidad y ahí se sitúa escuetamente ante los ojos del lector. Es interesante conocer lo que sobre el particular dijo el propio autor: «Como soy narrador, quise hacer y acabé haciendo una novela, no un libro de ensayo ni de encuesta, ni un estudio doctrinal, sino pura y simplemente una novela contada desde el lugar mismo de esa valla, ni más allá ni más acá, desde la huella que dejara la tierra un día, ese día en que como tantos otros en España, quede borrada y demolida, y lo que es más importante, definitivamente olvidada»⁶.

Presentación de la juventud actual

La juventud se nos presenta, en la realidad de la novela, como ausente de prejuicios, aperturista en religión, preocupados en la Universidad —salvo excepciones— por la política, apáticos e indiferentes hacia los temas morales, cuyas ideas chocan con las de sus padres.

Muñoz, uno de los personajes fundamentales, observa desde su casa las actividades y acciones de los jóvenes que acuden a una sala de baile. Piensa —situándonos en la realidad de la novela— cómo ahora los jóvenes se recogen a las once, practican esos bailes de movimientos tan agitados al compás de una música estridente y enloquecedora y, lo que es peor, esos besos prolongados. «No los ve pero imagina, repetidos de otras veces, esos besos prolongados hasta la exhibición, ese alejarse despacio, estrechamente enlazados por la cintura... Y todo ante los otros, los menores»⁷.

La Universidad se nos muestra como un lugar de comprensión, que choca con la intransigencia de las zonas rurales en el aspecto religioso. No sucede así en lo político. La indiferencia se manifiesta sobre todo en asuntos religiosos. La hija de Muñoz, estudiante en la universidad dice: «allí en la facultad hay bastante comprensión. A nadie le importa lo que pienses en cuestiones religiosas, porque en política ya es muy distinto... Claro que noté mucha, muchísima diferencia. No porque piensen distinto que yo, sino por lo poco que piensan en asuntos religiosos. Yo creo que a la mayoría les da igual, les trae sin cuidado en la vida práctica»⁸.

Parte de esa juventud aparece caracterizada por la falta de ideales, de horizontes claros, y se sumerge simplemente en la diversión como único medio de evasión. Como consecuencia de esa actitud surge un sentimiento de insatisfacción que se manifiesta en la realización de actos absurdos, faltos de lógica y de ética. Pero es que esas actitudes tampoco producen satisfacción, y lo que aparece como intento de compensación es la bebida y la droga, como elementos imprescindibles para buscar la felicidad.

Presentación de las comunidades no romanistas en España

Este es el tema central de la obra y alrededor del que giran todos los demás. Realizaré el análisis a través de los siguientes apartados:

5 *Ibidem*, pág. 7

6 Jesús Fernández Santos, *Fondo y forma en mi obra literaria*, conferencia inédita, pág. 18, cuya copia fotocopiada me facilitó el novelista.

7 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas*, *op. cit.*, pág. 147.

8 *Ibidem*, pág. 159.

- 1) Qué son y cómo se ven.
- 2) Relación con los católicos.
- 3) Relación con otras comunidades no católicas.
- 4) Situación de la Comunidad a lo largo de la historia.

En relación con el primer apartado, desde un punto de vista microcósmico, se plantea la vida y avatares de una comunidad evangelista en un pueblo del Páramo leonés: Ribera de Negrillos. Desde una perspectiva macrocósmica el análisis sirve para conocer la problemática de estas comunidades en España.

El Hermano Muñoz explica cómo es su iglesia: «Nuestra Iglesia nació en Inglaterra. No tenemos clero... Procuramos entender la vida muy democráticamente... en todo lo posible, nuestro modelo son los primitivos cristianos. Claro que esto no lo conseguimos tanto como quisiéramos, pero lo mismo que ellos, (se refiere a los primitivos cristianos) solamente admitimos la Santa Cena y el bautismo de adultos»⁹.

Llama la atención el hecho de sentirse misioneros en España, el país misionero por excelencia, el pueblo que ha hecho de la fe su bandera, el país que convirtió tantos pueblos, convertido en tierra de misión. A Cecil, una de las hermanas protagonistas, le hablan en Londres del problema de España: «En ningún caso, y menos aún para predicar el Evangelio, era lugar, tierra recomendable para una mujer sola. Una y otra vez, en las tertulias de los sábados, enumeraban los riesgos y peligros: La geografía del país, el carácter agreste de las gentes, los caminos difíciles hasta llegar a las pequeñas Comunidades del interior mantenidas con tantas dificultades y trabajos, la falta de alimentos y, de año en año, aquellas terribles epidemias»¹⁰.

La realidad es que la Comunidad evangelista era como todas las iglesias, su misión era convertir, conseguir adeptos. ¿Pero qué tienen de especial? Los que pertenecen a esta Comunidad creen estar en posesión de la verdad, opinión que no difiere en absoluto de otras comunidades religiosas, todas creen poseer la verdad absoluta. Constantemente se hace mención a «los del mundo», es decir, a los que no pertenecen a la Comunidad. Esos son pervertidos moralmente, malos y llenos de vicios, pero ellos mismos actúan con frecuencia guiados por la apariencia; hay muchas cosas que no las hacen simplemente por el qué dirán, como no ir al cine Muñoz. Sí les gustaría ir, pero no van porque piensan que podría estar mal visto. En este mismo sentido, Gómez Parra indica que «Como meollo de la actitud común religioso-social de esa comunidad, se halla la intransigencia que configura la simplificación de posturas de los personajes»¹¹.

¿Pero es la Comunidad evangelista realmente diferente de las otras iglesias? Naturalmente que no. Durante toda la obra, y quizás sea la finalidad primordial de ésta, se patentiza que todos son iguales, que no hay diferencias entre unos y otros. Las citas de la Biblia son un claro exponente de la identidad de las distintas iglesias cristianas. No hay diferencia real entre ellas, más bien se esfuerzan por encontrarlas, pues todas persiguen el mismo fin. Margarita, al recordar los problemas del cementerio piensa: «ahora ya, ¡qué lejos está todo! Ahora todo es igual, como es la tierra con sus hierbas y cardos a los dos lados de esa tapia caída. Ahora, de noche, a medida que ese gajo de luna se va alzando, el mismo viento barre el cementerio grande y el pequeño, la misma escarcha caerá en la madrugada y llegando a la verdad, como dice el discípulo predilecto de Jesús, idénticos gusanos se juntarán como las aves de un libro para la cena, a uno y otro lado de la tapia»¹².

9 *Ibidem*, pág. 23.

10 *Ibidem*, pág. 178.

11 Sergio Gómez Parra, «El libro de las memorias de las cosas», *op. cit.*, pág. 278.

12 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas*, *op. cit.*, pág. 35.

Si nos ceñimos al segundo apartado, *la relación con los católicos*, el planteamiento de la obra se centra sobre todo en el enfrentamiento entre evangelistas y católicos. La controversia entre ambas comunidades dura desde el principio hasta el final de la novela y se desarrolla de forma competitiva. El enfrentamiento sufre diversos grados, pasando de una fría colaboración al choque violento. Las razones de mayor o menor choque, se deben a diversas circunstancias:

a) Las necesidades comunes ayudan a entenderse. Así, durante el tiempo que dura la epidemia del cólera, la relación es de entendimiento, aunque el cura católico se niega a colaborar porque piensa que puede ser aprovechado como propaganda por sus oponentes, y desde luego los evangelistas se plantean el problema en un sentido competitivo. ¿«A quién marcará primero»? se pregunta un hermano, interpretando la enfermedad como un castigo divino por los pecados del mundo.

b) Las situaciones políticas del país se reflejan en el nivel de tensión. En momentos de liberalidad el enfrentamiento es pequeño, mientras que en situaciones de rigidez el enfrentamiento aumenta.

Durante la República, los evangelistas no tienen problemas, pueden realizar sus cultos y actos según las normas de la Comunidad y nadie les molesta, pero una vez concluida la Guerra Civil los problemas y enfrentamientos vuelven a aparecer con gran virulencia.

Los problemas entre católicos y evangelistas se producen en varios ámbitos:

- En el personal
- En el social
- En el político

Los enfrentamientos en el *ámbito personal* no son frecuentes ni producen especial tensión, se mantienen en un terreno de distanciamiento o de agresiones verbales lúdicas o trascendentes; veamos algún caso. Virginia está con su Biblia en la mano a la puerta de la capilla y «los chicos del pueblo se acercaron de pronto y la arrancaron su Biblia de la mano». «Me la sé de memoria —les gritó— y tengo aquí dentro —se señalaba la cabeza— diez capítulos enteros. Quemadlos si podéis»¹³.

Pero el antagonismo se da fundamentalmente en el *campo social*. El pueblo se encuentra delimitado: las casas de adobe, construidas recientemente, son de los evangelistas. Lo católico se muestra como lo conservador, depositario de la tradición, y lo evangelista o luterano aparece como lo moderno, de ruptura con la tradición. Este antagonismo se da sobre todo en las zonas rurales, donde la religión está totalmente identificada con las otras actividades sociales. El auténtico problema para la reconciliación no estriba en las diferencias esenciales religiosas, sino en el aspecto social, en las diferencias exageradas que ellos mismos se han preocupado de enseñar a sus incultos hermanos. Ellos, que critican a la Iglesia Católica, han caído en uno de los más graves errores de ésta: la identificación de lo religioso con lo social.

La unidad parece imposible, pues aunque se hacen reuniones periódicas y se comentan textos bíblicos conjuntamente, pronto se olvidan de todo y vuelven a su lucha diaria, «se lee, se canta, se dice la homilía y ya no hay nada más hasta el año siguiente. Es algo así como una buena voluntad, como un buen deseo que cada año se conmemora con oraciones y bonitos discursos, pero nada más»¹⁴.

13 *Ibidem*, pág. 19.

14 *Ibidem*, pág. 26.

Los católicos, por su lado, tampoco se han preocupado de limar asperezas, incluso son más intransigentes que los protestantes, se niegan a toda colaboración; cuando hubo plaga de langosta, el párroco no quiso aceptar ayuda de Cecil porque «aquellos socorros eran sólo una excusa para traer al pueblo una calamidad mayor»¹⁵. Y es que la figura del párroco era la autoridad que velaba por el orden y las buenas costumbres hasta principios de los años setenta, como bien señala Rafael Abella¹⁶.

El antagonismo se manifiesta también en Madrid, sobre todo hace algunos años. En una ocasión, «un grupo de jóvenes forzó la cerradura de la verja, rompió las vidrieras de unas cuantas ventanas y escribió con alquitrán en las paredes: «¡Viva la Virgen!»¹⁷.

El enfrentamiento social trasciende a veces a *tensiones políticas*. Así, cuando se produjo la muerte del último niño a raíz de la epidemia, se entabla una pugna entre ambos grupos. Los católicos tratando de enterrar al niño por los ritos canónicos y Sedano tratando de impedirlo. Al final triunfan los católicos, no porque tengan razón, sino, «porque eran más y porque entonces por estos pueblos mandaba más el Alcalde que el jefe del Gobierno, si me apura»¹⁸.

El conflicto se produce sobre todo en las altas esferas religiosas, que son intransigentes y provocan los choques entre los feligreses. Agustín recuerda lo que oyó una vez a un arzobispo: «Vino a decir que todas las Iglesias, sin distinción, siempre estuvieron dispuestas a apedrear a aquellos que no pensaban como ellas»¹⁹.

Las diatribas son constantes, pero la responsabilidad la tienen sobre todo las autoridades, ya sean religiosas o civiles, pero romanistas; si éstas no instigan, el pueblo no plantea problemas, son los eternos cizañeros los que ponen las cosas difíciles, sin éstos, «el pueblo conoce sus intereses y los busca y queda hecho una balsa de aceite»²⁰.

Hemos de tener en cuenta que después de la Guerra Civil, y hasta finales de los años sesenta, los obispos españoles prestaban un apoyo moral absoluto al régimen de Franco. Iglesia y Régimen se sentían absolutamente interconexiónados. Franco afirmaba que la victoria se había producido por apoyo divino y la Iglesia mostraba su agradecimiento a Franco porque gracias a su generosidad había sido posible el resurgir religioso de España²¹.

Respecto al tercer apartado, *la relación con otras comunidades no católicas*, el enfrentamiento es nulo porque no conviven, si convivieran los enfrentamientos se producirían, porque diferencias existen: «tenga en cuenta (dice Muñoz) que, respecto a algunas cuestiones, estamos tan lejos de las demás Iglesias Evangélicas como de los católicos»²².

No hay problemas porque todos son minoritarios y se sienten vinculados frente a la opción mayoritaria, que dispone, además, durante la mayor parte del tiempo, de la ayuda estatal. El Estado se comprometía a dar las máximas facilidades para la predicación, el desarrollo del culto y el apoyo a la enseñanza católica. Pero la protección también se dirigía hacia la mejora de los edificios de la Iglesia, que entre 1939 y 1959 alcanzó la cifra de unos 3.000 millones de pesetas.

Las divergencias entre ellos parecen mínimas desde el punto de vista doctrinal, pero pequeñas son también con los católicos, aunque los problemas se agrandan porque los enfrentamientos

15 *Ibidem*, pág. 80.

16 Rafael Abella, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Barcelona, Argos Vergara, 1985.

17 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas*, op. cit., pág. 87.

18 *Ibidem*, pág. 101.

19 *Ibidem*, pág. 113.

20 *Ibidem*, pág. 118.

21 Para conocer las relaciones de la Iglesia y de los obispos con el régimen de Franco, ver el libro de Rafael Gómez Pérez, *Política y religión en el régimen de Franco*, Barcelona, Gráficas Casulleras, 1976, donde se recogen textos y declaraciones de diversos obispos.

22 Jesús Fernández Santos, *Libro de las memorias de las cosas*, op. cit., pág. 24.

se plantean más que en lo religioso, en lo social, y con estos grupos minoritarios el problema social no existe. Todos son intransigentes y creen estar en posesión de la verdad y están convencidos de que sólo ellos recibirán en exclusiva el premio definitivo. El mismo sentido competitivo que existe entre evangelistas y católicos lo observamos entre testigos de Jehová y evangelistas.

Sobre la *situación de la Comunidad a lo largo de la historia*, hemos de tener en cuenta que la novela, que es un recuerdo del pasado, un sueño del presente y sin apenas perspectivas para el futuro, se estructura alrededor del problema de la Iglesia Evangelista en España. Las vicisitudes de esta iglesia a lo largo de su historia española podríamos agruparlos en tres momentos diferentes:

- a) Situación de la Comunidad desde su fundación hasta antes de la Guerra Civil.
- b) Situación durante la guerra y primeros años de la posguerra.
- c) Situación en la actualidad.

Estos tres momentos nos muestran, a través del problema de la Comunidad, los cambios y problemas de la sociedad española en estos años.

La primera etapa comienza con la fundación de la Comunidad en Ribera de Negrillos, sus orígenes, su constitución, su intensa lucha llena de ardor religioso por establecerse y que conducía a veces a la heroicidad, como recuerda Virginia: «trabajar de noche, a la luz de la luna, para acabar de techar el edificio antes que el Obispado consiguiera suspender las obras. Eso era fe: trabajar en la era, amasar los adobes y cortarlos, dejar que se secaran al sol y de noche levantar los muros»²³.

El pueblo respondía con seriedad e impulsado por sinceridad y lleno de ardor religioso. Los hermanos estaban convencidos, sin ninguna duda, que la variante evangelista era la justa y verdadera religión y que con su práctica llegaría la salvación. Su religión era la que encarnaba el auténtico sentido dado por Cristo. Ellos eran los que conservaban la auténtica moral y el recto vivir; los demás, los del mundo, como se les llamaba, eran unos pervertidos. El desprecio y las vejaciones a que son sometidos constantemente por la autoridad y por la otra comunidad mayoritaria les infundía mayor espíritu de lucha y mayor sentido de unidad.

Pero el verdadero problema para la Comunidad aparece vinculado con el de los católicos (a pesar de su afán por diferenciarse), y éste se inicia con la llegada de un espíritu atea y anticlerical. Éste, y no el antagonismo con los católicos, es el que plantea serios problemas: «Ahora, con esa propaganda anticlerical que invade media España, acabaremos perdiendo unos y otros, todos.

—Allá en la ciudad nuestra ya existe una sociedad de ésas. Una sociedad laica, con su escuela y todo, en contra de todas las Iglesias»²⁴.

La segunda etapa, que comienza con el inicio de la Guerra Civil, se caracteriza por la añoranza hacia los años de la República que dio facilidades para predicar públicamente el evangelio y que, sin embargo, no supieron aprovechar. Apreciamos un descenso del nivel religioso y moral del pueblo español, ocasionado sobre todo porque la actividad de la literatura atea ha incrementado cada día esta pérdida irreparable de la fe, especialmente entre las clases humildes.

²³ *Ibidem*, pág. 120.

²⁴ *Ibidem*, pág. 187.

La Guerra supone para la Comunidad una ruptura total con la situación anterior y un trastorno del que con dificultad podrá reponerse. Supondrá una parada en su vida normal, pero pronto podrá recuperar su ritmo anterior.

Más problemas produce la Guerra Mundial. Ésta hace que Mr. Baffin se vaya a Inglaterra, dejando a la Comunidad en cierto modo vacía y falta de nervio dirigente. Fueron años difíciles, hubo que establecer un compás de espera hasta volver a abrir la primera capilla allá en Madrid, para comprobar qué sucedía. «Vino un tiempo de continuos viajes para Baffin y Muñoz por aquellas ciudades donde los cultos se celebraban aún clandestinamente en casas particulares»²⁵.

Pero la normalidad parecía restablecerse. Aunque no sean los años dorados, había llegado la paz, o al menos lo que se vislumbraba como un armisticio con el nuevo Fuero de los Españoles, que en su artículo número seis decía: «la profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado Español, gozará de protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni por el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias externas que las de la Religión Católica»²⁶. Al menos sobre el papel nadie iba a molestarlos, aunque la situación real iba a ser difícil, pues lo único nuevo en el Fuero de los Españoles es que se señala una orientación de «cristiana libertad» frente a un «totalitarismo estatalista», pero que consagra la interdependencia y apoyo entre los dos poderes: Franco es introducido bajo palio en las iglesias y se le concede el privilegio de imposición de birrete a los cardenales. Esta situación se consagra con el Concordato de 1953.

La tercera etapa, la actual, se caracteriza por un panorama totalmente diferente. La problemática de la Comunidad será común a la de las otras religiones, se van a encontrar con unas circunstancias idénticas a las que hacer frente y parecidas a la de los años anteriores a la guerra, aunque a lo que tienen que enfrentarse es bien distinto. Entonces lo hacían a una ola de ateísmo, ahora, a algo aparentemente menos agresivo, pero más peligroso: la indiferencia. Ésta será la enemiga principal de todas las iglesias y en particular de la comunidad evangelista. Pero el problema, incluso, no es sólo de indiferencia, se debe a algo más profundo: se trata de la decadencia de las concepciones fundamentales en las que se asienta nuestra cultura occidental cristiana.

En el decenio 1965-1975, España vive una crisis religiosa que probablemente no se había dado nunca. Algunas estadísticas indican que no más del 25% de la población cumple con los preceptos ordinarios. Los seminarios se quedan casi vacíos por la disminución de las vocaciones y los pocos seminaristas proceden en su mayoría de las zonas rurales. La disminución de la práctica religiosa puede deberse a múltiples circunstancias: al progreso económico, a la urbanización creciente, al éxodo rural, a la emigración y al turismo, y probablemente también a una parcial interpretación del Concilio Vaticano II. Lo que resulta indudable es que la indiferencia religiosa y el abandono de los preceptos se extendieron de forma importante.

Esta crisis general afecta de una manera particular a la Comunidad, ya que algunos de sus miembros la abandonan haciendo que los pilares de ésta se tambaleen. La pérdida de sus miembros tiene gran repercusión, sobre todo por dos razones: una, por su carácter minoritario, otra, por su vinculación a un centro rural pequeño donde los efectos de la pérdida de un hermano tiene gran repercusión social. Molina, un hermano importante, no sólo se separa, sino que se amanceba con una mala mujer, e incluso Margarita, hija del fundador Sedano también abandona, produciendo un tremendo impacto en todos; la hija de Muñoz también se va para hacerse Testigo de Jehová. La situación se convierte en dramática.

²⁵ *Ibidem*, pág. 211.

²⁶ *Ibidem*, pág. 211.

Junto a la problemática señalada, esta novela de J. Fernández Santos presenta rasgos comunes con el resto de sus obras: un sentimiento generalizado de soledad y de fracaso. Soledad en los pueblos, soledad en los campos, individuos solitarios, hombres y mujeres cansados de luchar, pero que siguen luchando, porque la vida continúa, no se para, el destino es luchar, luchar; ahí radica el enorme sentido agónico de ésta y otras novelas del autor. Cuando todo parece perdido resulta que se vuelven a encontrar en la capilla para continuar más o menos como antes. Seguirán luchando, girando, cayéndose, levantándose.

Bibliografía

- ABELLA, RAFAEL, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Barcelona, Argos Vergara, 1985.
- DOMINGO, JOSÉ, «Narrativa española. Problemática religiosa e histórica». *Ínsula*, 1971, núm. 294, pág. 5
- FERNÁNDEZ SANTOS, JESÚS, *Fondo y forma en mi obra literaria*, conferencia inédita que me facilitó el novelista.
- GÓMEZ PARRA, SERGIO, «El libro de las memorias de las cosas», *Reseña*, 1971, núm. 45, pág. 277.
- GÓMEZ PÉREZ, RAFAEL, *Política y religión en el régimen de Franco*, Barcelona, Gráficas Casulleras, 1976.
- GÓMEZ LÓPEZ-EGEA, RAFAEL, «El libro de las memorias de las cosas», *Arbor*, 1971, núm. 305, págs. 101-106.